



CAPÍTULO II.

Que trata de la notable pendencia que Sancho Panza tuvo con la sobrina y ama de Don Quijote, con otros sucesos graciosos.

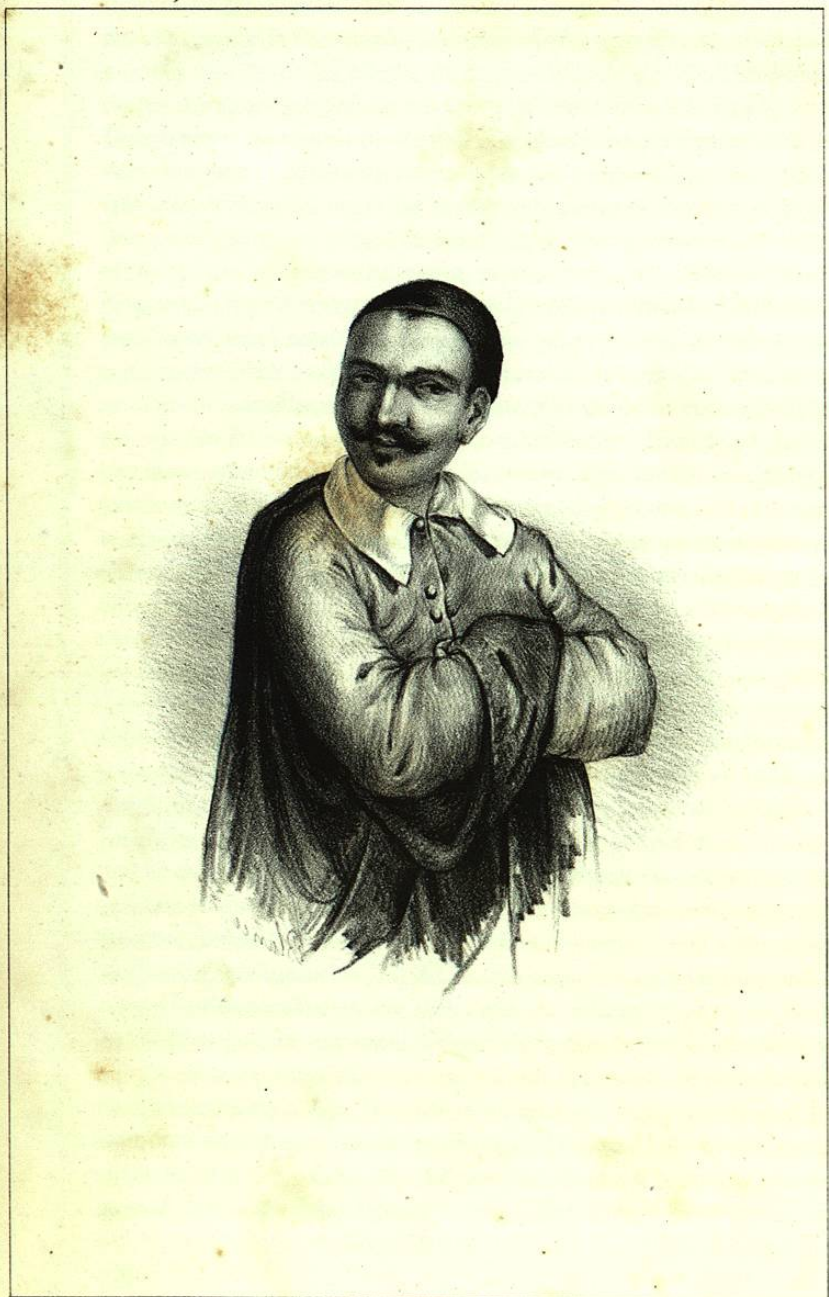
QUENTA la historia, que las voces que oyeron Don Quijote, el Cura y el Barbero, eran de la sobrina y ama, que las daban, diciendo á Sancho Panza, que pugnaba por entrar á ver á Don Quijote, y ellas le defendian la puerta:—¿Qué quiere este mostrenco en esta casa? ídos á la vuestra, hermano, que vos sois y no otro, el que destrae y sonsaca á mi señor, y le lleva por esos andurriales. A lo que Sancho respondió:—Ama de Satañas, el sonsacado y el destraido y el llevado por esos andurriales soy yo, que no tu amo: él me llevó por esos mundos, y vosotras os engaiais en la mitad del justo precio: él me sacó de mi casa con engaifas, prometiéndome una ínsula, que hasta agora la espero.—Malas ínsulas te ahoguen, respondió la sobrina, Sancho maldito, ¿y qué son ínsulas? ¿es alguna cosa de comer, golosazo, comilon, que tú eres?—No es de comer, replicó Sancho, sino de gobernar y regir mejor que cuatro ciudades y que cuatro Alcaldes de Corte.—Con todo eso, dijo el ama, no entrareis acá, saco de maldades y costal de malicias; id á gobernar vuestra casa y á labrar vuestros pegujares, y dejaos de pretender ínsulas ni ínsulos. Grande gusto recibian el Cura y el Barbero de oír el coloquio de los tres; pero Don Quijote, temeroso que Sancho se descosiese y desbuchase algun monton de maliciosas necedades, y tocase en puntos que no le estarian bien á su crédito, le llamó y hizo á las dos que callasen y le dejasen entrar. Entró Sancho, y el Cura y el Barbero se despidieron de Don Quijote, de cuya salud desesperaron, viendo cuan puesto estaba en sus desvariados pensamientos, y cuan embebido en la simplicidad de sus mal andantes caballerías, y así dijo el Cura al Barbero: Vos vereis, compadre, como cuando menos lo pensemos nuestro hidalgo sale otra vez á volar la ribera.—No pongo yo du-

da en eso, respondió el Barbero; pero no me maravillo tanto de la locura del caballero, como de la simplicidad del escudero, que tan creído tiene aquello de la insula, que creo que no se lo sacarán del casco cuantos desengaños pueden imaginarse.—Dios lo remedie, dijo el Cura, y estemos á la mira; veremos en lo que para esta máquina de disparates de tal caballero y de tal escudero, que parece que los forjaron á los dos en una mesma turquesa, y que las locuras del señor sin las necesidades del criado no valian un ardite.—Así es, dijo el Barbero, y holgara mucho saber que tratarán ahora los dos.—Yo seguro, respondió el Cura, que la sobrina ó el ama, nos lo cuenta despues, que no son de condicion que dejarán de escucharlo. En tanto Don Quijote se encerró con Sancho en su aposento, y estando solos le dijo:—Mucho me pesa, Sancho, que hayas dicho y digas que yo fuí el que te saqué de tus casillas, sabiendo que yo no me quedé en mis casas. Juntos salimos, juntos fuimos y juntos peregrinamos: una mesma fortuna y una mesma suerte ha corrido por los dos: si á tí te mantearon una vez, á mí me han molido ciento, y esto es lo que te llevo de ventaja.—Eso estaba puesto en razon, respondió Sancho, porque, segun vuesa merced dice, mas anejas son á los caballeros andantes las desgracias, que á sus escuderos.—Engañaste, Sancho, dijo Don Quijote, segun aquello: *Quando caput dolet, &c.*—No entiendo otra lengua que la mia, respondió Sancho.—Quiero decir, dijo Don Quijote, que cuando la cabeza duele, todos los miembros duelen: y así, siendo yo tu amo y señor, soy tu cabeza y tú mi parte, pues eres mi criado, y por esta razon, el mal que á mí me toca ó tocara, á tí te ha de doler, y á mí el tuyo.—Así habia de ser, dijo Sancho; pero cuando á mí me manteaban, como á miembro, se estaba mi cabeza detras de las bardas mirándome volar por los aires, sin sentir dolor alguno: y pues los miembros están obligados á dolerse del mal de la cabeza, habia de estar obligada ella á dolerse de ellos.—¿Querrás tú decir agora, Sancho, respondió Don Quijote, que no me dolía yo cuando á tí te manteaban? y si lo dices, no lo digas ni lo pienses, pues mas dolor sentia yo entonces en mi espíritu, que tú en tu cuerpo. Pero dejemos esto aparte por agora, que tiempo habrá donde lo pondremos y pongamos en su punto: y dime, Sancho amigo, ¿qué es lo que dicen de mí por ese lugar? ¿en qué opinion me tiene el vulgo, en qué los hidalgos, y en qué los caballeros? ¿Qué dicen de mi valentía? ¿qué de mis hazañas? ¿y qué de mi cortesía? ¿Qué se platica del asunto que he tomado de resucitar y volver al mundo

la ya olvidada órden caballeresca? Finalmente, quiero, Sancho, me digas lo que acerca desto ha llegado á tus oidos: y esto me has de decir, sin añadir al bien ni quitar al mal cosa alguna, que de los vasallos leales es decir la verdad á sus señores en su ser y figura propia, sin que la adulacion la acreciente, ó otro vano rēspeto la disminuya: y quiero que sepas, Sancho, que si á los oidos de los príncipes llegase la verdad desnuda, sin los vestidos de la lisonja, otros siglos correrian, otras edades serian tenidas por mas de hierro que la nuestra, que entiendo que de las que ahora se usan, es la dorada. Sírivate este advertimiento, Sancho, para que discreta y bien intencionadamente pongas en mis oidos la verdad de las cosas que supieres de lo que te he preguntado.—Eso haré yo de muy buena gana, señor mio, respondió Sancho, con condicion que vuesa merced no se ha de enojar de lo que dijere, pues quiere que lo diga en cueros, sin vestirlo de otras ropas de aquellas con que llegaron á mi noticia.—En ninguna manera me enojaré, respondió Don Quijote: bien puedes, Sancho, hablar libremente, sin rodeo alguno.—Pues lo primero que digo, dijo, es, que el vulgo tiene á vuesa merced por grandísimo loco, y á mí por no menos mentecato. Los hidalgos dicen, que no conteniéndose vuesa merced en los límites de la hidalguía, se ha puesto Don, y se ha arremetido á caballero con cuatro cepas y dos yugadas de tierra, y con un trapo atras y otro adelante. Dicen los caballeros que no querrian que los hidalgos se opusiesen á ellos, especialmente aquellos hidalgos escuderiles¹, que dan humo á los zapatos y toman los puntos de las medias negras con seda verde.—Eso, dijo Don Quijote, no tiene que ver conmigo, pues ando siēpre bien vestido y jamas remendado: roto bien podría ser, y el roto mas de las armas que del tiempo.—En lo que toca, prosiguió Sancho, á la valentía, cortesía, hazañas y asunto de vuesa merced, hay diferentes opiniones: unos dicen, loco, pero gracioso; otros, valiente, pero desgraciado; otros, cortes, pero impertinente, y por aquí van discurriendo en tantas cosas, que ni á vuesa merced ni á mí nos dejan hueso sano.—Mira, Sancho, dijo Don Quijote, donde quiera que está la virtud en eminente grado es perseguida; pocos, ó ninguno de los famosos varones que pasaron, dejó de ser calumniado de la malicia. Julio César animosísimo, prudentísimo y valentísimo capitán, fué notado de ambicioso y algun

¹ El nombre de *hidalgos escuderiles* se deriva, segun siente el P. Guardiola (*Tratado de los Titulos, etc.*, p. 70) de las armas que usaban, que eran escudos, porque peleaban á pié con *escudos blancos*, y hasta que hacian alguna cosa notable no podian ser caballeros.

tanto no limpio, ni en sus vestidos, ni en sus costumbres. Alejandro, á quien sus hazañas le alcanzaron el renombre de Magno, dicen dél que tuvo sus ciertos puntos de borracho. De Hércules, el de los muchos trabajos, se cuenta que fué lascivo y muelle. De Don Galaor, hermano de Amadis de Gaula, se murmura que fué mas que demasadamente rijoso, y de su hermano que fué lloron. Así que, ó Sancho, entre las tantas calumnias de buenos bien pueden pasar las mias, como no sean mas de las que has dicho.—Ahí está el toque, cuerpo de mi padre, replicó Sancho.—¿Pues hay mas? preguntó Don Quijote.—Aun falta la cola por desollar, dijo Sancho: lo de hasta aquí son tortas y pan pintado, mas si vuesa merced quiere saber todo lo que hay acerca de las caloñas que le ponen, yo le traeré aquí luego al momento quien se las diga todas, sin que les falte una meaja, que anoche llegó el hijo de Bartolomé Carrasco, que viene de estudiar de Salamanca hecho Bachiller, y yéndole yo á dar la bienvenida, me dijo que andaba ya en libros la HISTORIA de vuesa merced, con nombre DEL INGENIOSO HIDALGO DON QUIJOTE DE LA MANCHA: y dice que me mientan á mí en ella con mi mismo nombre de Sancho Panza, y á la señora Dulcinea del Toboso, con otras cosas que pasamos nosotros á solas, que me hice cruces de espantado, cómo las pudo saber el historiador que las escribió.—Yo te aseguro, Sancho, dijo Don Quijote, que debe de ser algun sabio encantador el autor de nuestra historia, que á los tales no se les encubre nada de lo que quieren escribir.—Y cómo, dijo Sancho, si era sabio y encantador, pues segun dice el Bachiller Sanson Carrasco (que así se llama el que dicho tengo), que el autor de la historia se llama Cide Hamete Berengena.—Ese nombre es de Moro, respondió Don Quijote.—Así será, respondió Sancho, porque por la mayor parte he oido decir que los Moros son amigos de berengenas.—Tú debes, Sancho, dijo Don Quijote, errarte en el sobrenombre de ese Cide, que en arábigo quiere decir señor.—Bien podria ser, replicó Sancho; mas si vuesa merced gusta que yo le haga venir aquí, iré por él en volandas.—Harásme mucho placer, amigo, dijo Don Quijote, que me tiene suspenso lo que me has dicho, y no comeré bocado que bien me sepa hasta ser informado de todo.—Pues yo voy por él, respondió Sancho: y dejando á su señor, se fué á buscar al Bachiller, con el cual volvió de allí á poco espacio, y entre los tres pasaron un graciosísimo coloquio.



CAPÍTULO III.

Del ridiculo razonamiento que pasó entre Don Quijote, Sancho Panza y el Bachiller Sanson Carrasco.

PENSATIVO ademas quedó Don Quijote esperando al Bachiller Carrasco, de quien esperaba oír las nuevas de sí mesmo, puestas en libro, como habia dicho Sancho, y no se podia persuadir á que tal historia hubiese, pues aun no estaba enjuta en la cuchilla de su espada la sangre de los enemigos que habia muerto, y ya querian que anduviesen en estampa sus altas caballerías. Con todo eso imaginó que algun sabio, ó ya amigo, ó enemigo, por arte de encantamento las habria dado á la estampa: si amigo, para engrandecerlas y levantarlas sobre las mas señaladas de caballero andante: si enemigo, para aniquilarlas y ponerlas debajo de las mas viles, que de algun vil escudero se hubiesen escrito: puesto, decia entre sí, que nunca hazañas de escuderos se escribieron: y quando fuese verdad que la tal historia hubiese, siendo de caballero andante, por fuerza habia de ser grandilocua, alta, insigne, magnífica y verdadera. Con esto se consoló algun tanto; pero desconsolóle pensar que su autor era Moro, segun aquel nombre de Cide, y de los Moros no se podia esperar verdad alguna, porque todos son embelecadores, falsarios y quimeristas. Temíase no hubiese tratado sus amores con alguna indecencia que redundase en menoscabo y perjuicio de la honestidad de su señora Dulcinea del Toboso: deseaba que hubiese declarado su fidelidad y el decoro que siempre la habia guardado, menospreciando reinas, emperatrices y doncellas de todas calidades, teniendo á raya los ímpetus de los naturales movimientos: y así envuelto y revuelto en estas y otras muchas imaginaciones le hallaron Sancho y Carrasco, á quien Don Quijote recibió con mucha cortesía. Era el Bachiller, aunque se llamaba Sanson, no muy grande de cuerpo, aunque muy gran socarron, de color macilenta, pero de muy buen en-

tendimiento: tendria hasta veinte y cuatro años, cariredondo, de nariz chata y de boca grande, señales todas de ser de condicion maliciosa, y amigo de donaires y de burlas, como lo mostró en viendo á Don Quijote, poniéndose delante dél de rodillas, diciéndole:—Deme vuestra grandeza las manos, señor Don Quijote de la Mancha, que por el hábito de San Pedro que visto, aunque no tengo otras órdenes que las cuatro primeras, que es vuesa merced uno de los mas famosos caballeros andantes que ha habido, ni aun habrá en toda la redondez de la tierra. Bien haya Cide Hamete Benengeli que la historia de vuestras grandezas dejó escritas, y rebien haya el curioso que tuvo cuidado de hacerlas traducir de arábigo en nuestro vulgar castellano, para universal entretenimiento de las gentes. Hízole levantar Don Quijote, y dijo:—Desa manera, ¿verdad es que hay historia mia, y que fué Moro y sabio el que la compuso?—Es tan verdad, señor, dijo Sanson, que tengo para mí que el dia de hoy están impresos mas de doce mil libros de la tal historia: si no dígalo Portugal, Barcelona y Valencia, donde se han impreso, y aun hay fama que se está imprimiendo en Ambéres, y á mí se me trasluce que no ha de haber nacion ni lengua donde no se traduzca ¹.—Una de las cosas, dijo á esta sazón Don Quijote, que mas debe de dar contento á un hombre virtuoso y eminente, es verse, viviendo, andar con buen nombre, por las lenguas de las gentes, impreso y en estampa: dije con buen nombre, porque siendo al contrario, ninguna muerte se le igualará.—Si por buena fama y si por buen nombre va, dijo el Bachiller, solo vuesa merced lleva la palma á todos los caballeros andantes, porque el Moro en su lengua y el cristiano en la suya, tuvieron cuidado de pintarnos muy al vivo la gallardía de vuesa merced, el ánimo grande en acometer los peligros, la paciencia en las adversidades, y el sufrimiento, así en las desgracias como en las heridas: la honestidad y continencia en los amores tan platónicos de vuesa merced y de mi señora Doña Dulcinea del Toboso.—Nunca, dijo á este punto Sancho Panza, he oido llamar con Don á mi señora Dulcinea, sino solamente la señora Dulcinea del Toboso, y ya en esto anda errada la historia.—No es objecion de importancia esa, respondió Carrasco.—No

¹ Bien se deja entender que estos doce mil libros impresos son de la Parte I de esta historia. Mas adelante en el cap. XVI, se dice que *se habian impreso treinta mil volúmenes*. Ajustó bien la cuenta Cervantes en uno y otro lugar. Es natural tuviese para ella noticias verdaderas, aunque mas abundantes en un lugar que en otro. Aquí cita las ediciones de Portugal, Barcelona, Valencia, é insinúa la de Ambéres; pero deben añadirse las de otras partes, de que existen todavia ejemplares.

por cierto, respondió Don Quijote; pero dígame vuesa merced, señor Bachiller, ¿qué hazañas mias son las que mas se ponderan en esa historia?—En eso, respondió el Bachiller, hay diferentes opiniones, como hay diferentes gustos: unos se atienen á la aventura de los molinos de viento, que á vuesa merced le parecieron Briaréos y gigantes, otros á la de los batanes: este á la descripción de los dos ejércitos, que despues parecieron ser dos manadas de carneros: aquel encarece la del muerto que llevaban á enterrar á Segovia: uno dice, que á todas se aventaja la de la libertad de los galeotes: otro, que ninguna iguala á la de los dos gigantes ¹ Benitos, con la pendencia del valeroso Vizcaino.—Dígame, señor Bachiller, dijo á esta sazón Sancho, ¿entra ahí la aventura de los Yangüeses, cuando á nuestro buen Rocinante se le antojó pedir cotufas en el golfo?—No se le quedó nada, respondió Sanson, al sabio en el tintero: todo lo dice y todo lo apunta, hasta lo de las cabriolas que el buen Sancho hizo en la manta.—En la manta no hice yo cabriolas, respondió Sancho: en el aire sí, y aun mas de las que yo quisiera.—A lo que yo imagino, dijo Don Quijote, no hay historia humana en el mundo que no tenga sus altibajos, especialmente las que tratan de caballerías, las cuales nunca pueden estar llenas de prósperos sucesos.—Con todo eso, respondió el Bachiller, dicen algunos que han leído la historia, que se holgaran, se les hubiera olvidado á los autores della algunos de los infinitos palos que en diferentes encuentros dieron al señor Don Quijote.—Ahí entra la verdad de la historia, dijo Sancho.—Tambien pudieran callarlos por equidad, dijo Don Quijote, pues las acciones que ni mudan ni alteran la verdad de la historia, no hay para que escribirlas, si han de redundar en menosprecio del señor de la historia. A fe que no fué tan piadoso Enéas como Virgilio le pinta, ni tan prudente Ulíses como le describe Homero ².—Así es, replicó Sanson; pero uno es escribir como poeta, y otro como historiador: el poeta puede contar ó cantar las cosas, no como fueron, sino como debian ser, y el historiador las ha de escribir, no como debian ser, sino como fueron, sin añadir ni quitar á la verdad cosa alguna.—Pues si es que se anda á decir verdades ese señor Moro, dijo Sancho, á buen seguro que entre los palos de mi señor se hallen los mios, porque nunca á su merced le tomaron la medida de las espaldas, que no me la tomasen á mí de

¹ Acaso en el original del autor se diria *monges Benitos*, sin que deba estrañarse esta errata de imprenta, pues otras mas disonantes se cometieron en la primera edicion publicada el año de 1605.

² Véase la nota puesta antes, pág. 8.

todo el cuerpo; pero no hay de que maravillarme, pues como dice el mismo señor mio, del dolor de la cabeza han de participar los miembros.—Socarron sois, Sancho, respondió Don Quijote, á fe que no os falta memoria, cuando vos quereis tenerla.—Cuando yo quisiese olvidarme de los garrotazos que me han dado, dijo Sancho, no lo consentirán los cardenales, que aun se están frescos en las costillas.—Callad, Sancho, dijo Don Quijote, y no interrumpais al señor Bachiller, á quien suplico pase adelante en decirme lo que se dice de mí en la referida historia.—Y de mí, dijo Sancho, que tambien dicen, que soy yo uno de los principales prersonages della.—Personages, que no prersonages, Sancho amigo, dijo Sanson.—¿Otro reprochador de voquibles tenemos? dijo Sancho, pues ándense á eso, y no acabaremos en toda la vida.—Mala me la dé Dios, Sancho, respondió el Bachiller, si no sois vos la segunda pesona de la historia, y que hay tal que precia mas oiros hablar á vos, que al mas pintado de toda ella, puesto, que tambien hay quien diga, que anduvistes demasidamente de crédulo en creer que podia ser verdad el gobierno de aquella ínsula ofrecida por el señor Don Quijote, que está presente.—Aun hay sol en las bardas, dijo Don Quijote, y mientras más fuere entrando en edad Sancho, con la esperiencia que dan los años, estará mas idóneo y mas hábil para ser gobernador, que no está agora.—Por Dios, señor, dijo Sancho, la isla que yo no gobernase con los años que tengo, no la gobernaré con los años de Matusalen: el daño está en que la dicha ínsula se entretiene, no sé donde, y no en faltarme á mí el caletre para gobernarla.—Encomendadlo á Dios, Sancho, dijo Don Quijote, que todo se hará bien, y quizá mejor de lo que vos pensais, que no se mueve la hoja en el árbol sin la voluntad de Dios.—Así es verdad, dijo Sanson, que si Dios quiere, no le faltarán á Sancho mil islas que gobernar, cuanto mas una.—Gobernadores he visto por ahí, dijo Sancho, que á mi parecer no llegan á la suela de mi zapato: y con todo eso los llaman señoría y se sirven con plata.—Esos no son gobernadores de ínsulas, replicó Sanson, sino de otros gobiernos mas manuales: que los que gobiernan ínsulas, por lo menos han de saber gramática.—Con la grama bien me avendria yo, dijo Sancho, pero con la tica, ni me tiro ni me pago, porque no la entiendo; pero dejando esto del gobierno en las manos de Dios, que me eche á las partes donde mas de mí se sirva, digo, señor Bachiller Sanson Carrasco, que infinitamente me ha dado gusto, que el autor de la historia haya hablado de mí, de manera que no enfadan las cosas

que de mí se cuentan, que á fe de buen escudero, que si hubiera dicho de mí cosas que no fueran muy de cristiano viejo como soy, que nos habian de oir los sordos.—Eso fuera hacer milagros, respondió Sanson.—Milagros ó no milagros, dijo Sancho, cada uno mire como habla ó como escribe de las presonas, y no ponga á troche moche lo primero que le viene al magin.—Una de las tachas que ponen á la tal historia, dijo el Bachiller, es, que su autor puso en ella una novela, intitulada: *El Curioso Impertinente*, no por mala, ni por mal razonada, sino por no ser de aquel lugar, ni tiene que ver con la historia de su merced el señor Don Quijote.—Yo apostaré, replicó Sancho, que ha mezclado el hideperro berzas con capachos.—Ahora digo, dijo Don Quijote, que no ha sido sabio el autor de mi historia, sino algun ignorante hablador, que atento y sin algun discurso se puso á escribirla, salga lo que saliere; como hacia Orbaneja, el pintor de Ubeda, al cual preguntándole qué pintaba, respondió, lo que saliere: tal vez pintaba un gallo de tal suerte y tan mal parecido, que era menester que con letras góticas escribiese junto á él, *este es gallo*: y así debe de ser de mi historia, que tendrá necesidad de comento para entenderla.—Eso no, respondió Sanson, porque es tan clara que no hay cosa que dificultar en ella: los niños la manosean, los mozos la leen, los hombres la entienden y los viejos la celebran, y finalmente es tan trillada y tan leida y tan sabida de todo género de gentes, que apenas han visto algun rocin flaco, cuando dicen, allí va Rocinante, y los que mas se han dado á su letura son los pages. No hay antecámara de señor, donde no se halle un Don Quijote: unos le toman si otros le dejan, estos le embisten y aquellos le piden. Finalmente, la tal historia es del mas gustoso y menos perjudicial entretenimiento que hasta agora se haya visto, porque en toda ella no se descubre, ni por semejas, una palabra deshonesta, ni un pensamiento menos que católico.—A escribir de otra suerte, dijo Don Quijote, no fuera escribir verdades, sino mentiras, y los historiadores que de mentiras se valen, habian de ser quemados, como los que hacen moneda falsa: y no sé yo qué le movió al autor á valerse de novelas y cuentos agenos, habiendo tanto que escribir en los míos: sin duda se debió de atener al refran: de paja y de heno, &c. Pues en verdad, que en solo manifestar mis pensamientos, mis suspiros y mis lágrimas, mis buenos deseos y mis acometimientos, pudiera hacer un volúmen mayor, ó tan grande, que el que pueden hacer todas las obras del Tostado. En efeto, lo que yo alcanzo, señor Bachiller,

es que para componer historias y libros de cualquier suerte que sean, es menester un gran juicio y un maduro entendimiento: decir gracias y escribir donaires, es de grandes ingenios. La mas discreta figura de la comedia es la del bobo, porque no lo ha de ser el que quiere dar á entender que es simple. La historia es como cosa sagrada, porque ha de ser verdadera, y donde está la verdad está Dios en cuanto á verdad; pero no obstante esto hay algunos que así componen y arrojan libros de sí, como si fuesen buñuelos.—No hay libro tan malo, dijo el Bachiller, que no tenga algo bueno.—No hay duda en eso, replicó Don Quijote; pero muchas veces acontece, que los que tenían méritamente grangeada y alcanzada gran fama por sus escritos, en dándolos á la estampa, la perdieron del todo, ó la menoscabaron en algo.—La causa deso es, dijo Sanson, que como las obras impresas se miran despacio, fácilmente se ven sus faltas, y tanto mas se escudriñan, cuanto es mayor la fama del que las compuso. Los hombres famosos por sus ingenios, los grandes poetas, los ilustres historiadores siempre, ó las mas veces son envidiados de aquellos que tienen por gusto y por particular entretenimiento juzgar los escritos ajenos, sin haber dado algunos propios á la luz del mundo.—Eso no es de maravillar, dijo Don Quijote, porque muchos Teólogos hay, que no son buenos para el púlpito, y son bonísimos para conocer las faltas ó sobras de los que predicán.—Todo esto es así, señor Don Quijote, dijo Carrasco; pero quisiera yo que los tales censuradores fueran mas misericordiosos y menos escrupulosos, sin atenerse á los átomos del sol clarísimo de la obra de que murmuran, que *si aliquando bonus dormitat Homerus*, consideren lo mucho que estuvo despierto, por dar la luz de su obra con la menos sombra que pudiese: y quizá podria ser que lo que á ellos les parece mal, fuesen lunares que á las veces acrecientan la hermosura del rostro que los tiene: y así digo, que es grandísimo el riesgo á que se pone el que imprime un libro, siendo de toda imposibilidad imposible componerle tal, que satisfaga y contente á todos los que le leyeren.—El que de mí trata, dijo Don Quijote, á pocos habrá contentado.—Antes es al revés, que como de *stultorum infinitus est numerus*, infinitos son los que han gustado de la tal historia, y algunos han puesto falta y dolo en la memoria del autor, pues se le olvida de contar quien fué el ladrón que hurtó el rucio á Sancho, que allí no se declara, y solo se infiere de lo escrito que se le hurtaron, y de allí á poco le vemos á caballo sobre el mesmo jumento, sin haber parecido: tambien dicen,

que se le olvidó poner lo que Sancho hizo de aquellos cien escudos que halló en la maleta en Sierra Morena, que nunca mas los nombra, y hay muchos que desean saber qué hizo dellos, ó en qué los gastó, que es uno de los puntos sustanciales que faltan en la obra. Sancho respondió:—Yo, señor Sanson, no estoy ahora para ponerme en cuentas, ni cuentos, que me ha tomado un desmayo de estómago que, si no le reparo con dos tragos de lo añejo, me pondrá en la espina de Santa Lucía: en casa lo tengo, mi oislo¹ me aguarda, en acabando de comer daré la vuelta, y satisfaré á vuesa merced y á todo el mundo de lo que preguntar quisieren, así de la pérdida del jumento, como del gasto de los cien escudos: y sin esperar respuesta, ni decir otra palabra, se fué á su casa.—Don Quijote pidió y rogó al Bachiller se quedase á hacer penitencia con él. Tuvo el Bachiller el embite, quedóse, añadióse al ordinario un par de pichones, tratóse en la mesa de caballerías, siguióle el humor Carrasco, acabóse el banquete, durmieron la siesta, volvió Sancho y renovóse la plática pasada.



¹ Esto es, *mi muger*. Véase Parte I, tom. I, cap. VII, pág. 39.